

PACO SÁNCHEZ

LA PROFUNDA SENCILLEZ



CARLOS DÍAZ-BERTRANA

Cuanto más inteligente se es, más estúpido.
Jean Dubuffet/Witold Gombrowicz.
(Correspondencia).

*Ninguno de nosotros sabe nada,
ni siquiera sabemos o no sabemos,
ni tampoco si el conocimiento es posible o no,
ni, en última instancia,
si algo existe o no existe.*
Metrodoro, según Cicerón.

Los números sentencian el año de 1947 como el de su nacimiento y que es un hombre de mediana edad, pero los que lo conocen afirman que aún vive en la edad de los prodigios. Un filósofo presocrático desvela el enigma: el tiempo es medida o pensamiento, no sustancia. Esta es su primera gran exposición, de lo que se infiere que es una persona rara, desconfía de la fama y del dinero, valora la amistad y el andar a su aire. Es menudo, nervioso y procaz. Como el Saba de Magris, tiene la fuer-



Paco Sánchez. *Pambaso*. Acrílico sobre lienzo, 130 x 180 cm. Foto: A. Delgado.



Paco Sánchez. *Enredadera*. Óleo sobre lienzo, 46 x 55 cm. Foto: A. Delgado.

za de la inocencia, la del niño que se encanta observando una flor al tiempo que pisotea un insecto. Ignora la malicia y vive en Tamaraceite, un barrio de Las Palmas que suena vegetal, comestible y árabe. Allí tiene dos hermosas hijas a las que aún asombra y un estudio con una ventana que penetra en el paisaje.

Este paisaje no aparece nunca en su pintura, tampoco los hombres que lo transitan. Es el sur adusto y los habitantes del tiempo y de la memoria los que pueblan sus cuadros. Pintados al estilo aborigen, chatos, con los miembros amputados y anónimos. Reducidos a lo esencial de la condición humana y sin los atributos del hombre civilizado. Paco Sánchez trabaja con lo ancestral humano y su guarida, la casa en torno a la que deambula y que es más refugio que vivienda. Insertarlo en el lenguaje de las artes plásticas contemporáneas es su afán.

Su creación es lenta, deja pasar el tiempo para reflexionar sobre lo que hace, escucha el crecimiento de sus pinturas. Los protagonistas de su discurso no varían, casas, figuras antropomórficas, árboles y animales fabulosos. Tal vez no sea casual que su temática coincida con la de las pinturas de los niños. El color de sus cuadros sí cambia, del blanco y negro al pastel; disminuyen los contrastes y aumenta la intensidad. También

las masas de color y el tamaño de las figuras, que perviven planas, esquemáticas y sin volumen. Evocadoras más que representativas, con el énfasis en la esencia y no en la piel, e inmersas en la plasticidad de la composición. Como todos los buenos pintores sintoniza el medio con el lenguaje, el discurso y lo pictórico son unidad.

El desdén por las modas y tendencias provoca que su aspecto y su pintura sean genuinos. Son el resultado de una actitud ante la vida y el arte, de una condición humana que se expresa con frescura y singularidad. De ahí que sea banal el intento de acotar su arte en adjetivos como neoprimitivista o neofigurativo. No aclara nada y es impreciso ya que Paco Sánchez no se ajusta a ninguna normativa. Es francamente heterodoxo, junta contrarios, lo brutal y la ternura, la tensión y el sosiego, la abstracción y la figuración, lo primitivo y lo coetáneo.

El rostro de su pintura es selvático, promiscuo, evocador de danzas y ritmos ancestrales. Lo surcan tumultos de criaturas antropomórficas que parecen escenificar un ritual salvaje, un vibrar al unísono con la tierra y el ser. Es una metáfora del absurdo y de la intensidad de la vida que también puede verse como manchas de color solas, puestas en el sitio justo, estructurando un recinto pictórico de memoria abstracta y expresionista.



Paco Sánchez. *Sin título*, 1997. Acrílico sobre lienzo, 65 x 54 cm.

Quizá el artista pretenda aunar ambas lecturas, sumar a la investigación de la plástica actual al ser primigenio del hombre.

En esta exposición, Paco Sánchez consolida el andamio conceptual y plástico que ha ido construyendo en la última década. Las mismas casas, personajes y árboles. Un discurso similar y coherente que, sin embargo, descubre una inquietud nueva: ser más diáfano en la expresión. Lo barroco anhela la claridad, no se produce aún la ruptura con la etapa anterior, pero se apunta una articulación espacial y cromática que añade nuevas incertidumbres. El avance hacia la sencillez no elude la complejidad de la existencia y del oficio de pintor.

Sus cuadros siempre nos participan la anomalía y la transgresión. Los personajes están incompletos o en formación, les faltan brazos o piernas. Son seres anormales o mutilados, los que junto a los dementes *eran considerados en las culturas antiguas como dotados de poderes extraordinarios, especialmente de la facultad profética*. Por debajo de la superficie de sus pinturas bulle un simbolismo mágico en el que el árbol encarna la vida, el hombre la existencia universal, el animal a lo primitivo y al instinto, y la fachada de la casa a la máscara y al refugio de la personalidad.

La fecunda inmadurez de Paco Sánchez nos convoca a una pluralidad de interpretaciones, tiene el sabor del plátano verde y el fuego del entusiasmo que *sólo los locos, los desequilibrados, los maniáticos y los artistas resisten largo tiempo; el hombre sano debe contentarse con declarar que, sin una chispa de ese misterioso fuego, la vida no vale la pena vivirse*. Comparte con Gombrowicz la pasión por aprisionar los orígenes y las esencias de la realidad en una Forma. Su arte es profundamente sencillo pero no tiene nada de *naífo* de inculco, refleja una realidad personal desde el conocimiento de la historia del arte. Una realidad que hermana lo ancestral con lo contemporáneo y que valora la cultura esencial del hombre primitivo.

No son frecuentes las apariciones públicas ni las exposiciones de Paco Sánchez. Ajeno al juego de los prestigios y al divismo insensato de muchos de sus colegas, se conforma con

evolucionar su poética, con armar una obra que se sustenta, sin alardes, en una gran destreza formal. El mérito de su pintura no lo encontraremos, pues, en la propaganda (inexistente) que le otorga sino en la robustez de sus encuentros. Paco Sánchez es de los escasos pintores canarios que ha sabido reconocer en las culturas aborígenes ciertos elementos de atemporalidad que ensanchan el debate de la plástica actual. Tal vez porque allí encuentra lo genuino del hombre menos oculto que en este sofisticado fin de siglo.

Toda su obra es un guiso de inocencia y barbarie, de ingenuidad y pasión. Señas de identidad del hombre atávico, restos de un tiempo memoroso que el artista rescata y transfiere a sus telas. Luego lo espesa con una tradición del arte de este siglo que tiene precedentes heroicos como Jean Dubuffet, Joan Miró o A. Penck. Artistas como Paco Sánchez que aprenden del espíritu de descubrimiento de los niños, del extravío de los locos y de la pulsión vital de los primitivos. Pintores que intentan y consiguen agregar las fuerzas primigenias e irracionales del hombre a la aventura del arte contemporáneo.

Está muy lejos Paco Sánchez del artista flotante que se mece en los vientos de moda; es de los que se ampara en lo que experimenta, en su historia y sus orígenes. No para repetirlos sino para sentirse libre y capaz de pintar con fidelidad su

mundo. Sabe que la creación está más en la ramificación del legado cultural que en el salto al vacío.

La autenticidad es el mástil de esta pintura que atraviesa el pasado, activa el futuro y se hunde en lo telúrico. Con su profunda sencillez, Paco Sánchez nos ofrece una poética densa y humilde, la de un solitario que multiplica los signos y sueña en color. *Y nuestra esperanza es que la sociedad no deje de estar jamás atenta a los solitarios. Porque son ellos quienes trazan esos pocos signos, constelan esos colores en los que la realidad es aprehendida, donde cambia la visión del mundo*. La cita es de Pierre Descargues, con la que clausura su monografía sobre Hartung, un artista que, como Paco Sánchez, descubrió que para hacer pinturas eficaces hay que ser un poco simple de espíritu y sensual.



Paco Sánchez. Sin título, 1998.
Acrílico sobre lienzo, 55 x 46 cm.